

## LA GRACIA DEL APOSTOLADO: UNA MEDIACIÓN PARA LA INMEDIATEZ

La teología y la espiritualidad del presbítero diocesano es una de las grandes aportaciones de la teología de Marcelino Legido a la iglesia. Estas publicaciones que presentamos (*Entregó su vida en rescate por todos. Aproximación al servicio de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo de hoy*, 1983; *Conformar la vida con el misterio de la cruz del Señor*, 1987; *Espiritualidad del seguimiento de Jesús según el modelo apostólico*, 1989), a los que debemos añadir los ejercicios espirituales que ofrecía a los sacerdotes en Villagarcía de Campos la última semana de agosto (1980-1996) y los innumerables diálogos personales realizados con tantos presbíteros, son la prueba fehaciente de esta impagable aportación a la vida de la Iglesia. Con todo ello ha desplegado una teología del ministerio que ha ofrecido luz (discernimiento) y aliento (fortaleza) a la vida de los presbíteros en la Iglesia y en el mundo.

La teología del ministerio sacerdotal de Marcelino es muy sencilla y a la vez muy radical. Ser cura es ser apóstol. Toda su teología se cifra en esta palabra, “apóstol”, que él trató de desentrañar desde los textos del Concilio Vaticano II como *Presbyterorum ordinis* y *Optatam totius* a la luz de dos de los grandes Constituciones sobre el misterio y la misión de la Iglesia: *Lumen Gentium* y *Gaudium in Spes*. Pero más aún, estos textos del Concilio son interpretados, a su vez, desde el testimonio de la revelación de la Sagrada Escritura, especialmente los Evangelios sinópticos y las Cartas paulinas. La experiencia de los discípulos de la primera hora en el seguimiento de Jesús de Nazaret y el testimonio de Pablo de Tarso, realizando su apostolado en medio de las primeras comunidades cristianas, son los dos grandes referentes de su teología y espiritualidad sacerdotal.

¿En qué consiste, según Marcelino, ser apóstol? En primer lugar, en ser discípulo del Señor, siendo su testigo acompañándolo en el camino del anuncio del Evangelio del Reino y ante todo en su travesía hacia el misterio pascual. En segundo lugar, este discípulo y testigo que ha recorrido el camino con el Señor es enviado con autoridad para ser representación del Señor en medio de sus hermanos en el camino hacia la consumación definitiva de ese Reino. Aquí la palabra clave es “ser representación” desde la que Marcelino recoge la doctrina tradicional de la “*representatio Christi Capitis*” pero, de nuevo, interpretada no desde la teología medieval sino desde los evangelios sinópticos y las cartas paulinas. Los presbíteros representan a Cristo Siervo y Señor, no como si ellos fueran sus representantes, sustituyéndolo, sino siendo Cristo, el único Pastor, quien se hace presente a través de ellos.

Por esta razón la tarea más importante de los presbíteros como apóstoles enviados es ser transparencia de aquel a quien representan, para que él efectivamente a través de su vida y ministerio pueda aparecer de la forma más

diáfana posible. Cristo, como Siervo y Señor, ha de hacerse presente a través de sus palabras, de sus manos, de sus gestos, de su propio cuerpo, de sus mismas personas. Ser apóstol y presbítero es ser una mediación para la inmediatez de la entrega pascual de Cristo por nosotros y de su presencia soberana en medio de la comunidad cristiana para la vida del mundo en su camino hacia el Reino definitivo. En este sentido, para Marcelino, este carisma de la vida cristiana es la vocación más extática, es decir, aquella que pide una mayor salida de sí, una mayor expropiación de la propia persona, pues no es el carisma personal, la sabiduría propia, el proyecto personal lo que ha de aparecer, sino Cristo, dándose como gracia para la vida del mundo.

El centro de la vida del presbítero es la eucaristía, pero no tanto como un rito litúrgico y piadoso, sino como memorial de la pascua del Señor, donde él se entrega en plenitud a la Iglesia para que a su vez ella lo entregue al mundo en el camino de la misión hasta la consumación definitiva en el Reino. En torno a este misterio pascual actualizado en la eucaristía se reúne la fraternidad apostólica, inserción concreta y real de la vida y el ministerio de los presbíteros junto a otros carismas en la Iglesia, en amistad preferencial por los pobres y unidos a los sucesores de los apóstoles, los obispos, en comunión con la Iglesia universal. El presbítero ha de convocar y reunir a los hermanos desde el anuncio del Evangelio, actualizar la entrega del Señor en la celebración de la eucaristía y conducir a la comunidad cristiana a la misión de la transformación del mundo para el Reino.

En este momento histórico de ausencia de respuestas a la llamada del Señor a su seguimiento como discípulos y al ministerio apostólico como presbíteros y de una cierta vuelta nostálgica a una comprensión sacral del sacerdocio, estos textos de Marcelino pueden ayudarnos a recuperar la genuina doctrina del Concilio Vaticano II sobre el ministerio y ante todo inspirarnos a volver a la “forma de vida apostólica enteramente primera”.

Ángel Cordovilla Pérez